



Luis Landero. *Lluvia Fina*. Tusquets Editores.
Colección Andanzas, 2019, 268 págs.

José Rafael Simón Pérez

Investigador independiente

✉ taller1976@gmail.com

ORCID <https://orcid.org/0009-0004-9420-9805>

Docente de Castellano, Literatura y Latín y Magíster en Lingüística, egresado del Instituto Pedagógico de Caracas (IPC), en 1995 y 2003 respectivamente. Adscrito a la cátedra de Lingüística General del Departamento de Castellano, Literatura y Latín del IPC (hasta el año 2018).

Luis Landero (Badajoz, Extremadura, 1948) es, sin duda alguna, uno de los novelistas más importantes de la narrativa española contemporánea. Relevancia reconocida por lectores (al tercer mes de su publicación ya se habían hecho cuatro ediciones), críticos y por sus propios pares. Fernando Aramburu, el autor de la multipremiada **Patria** (2016), por ejemplo, dice que de Landero leería hasta la lista de la compra. Y agrega de la novela que aquí nos ocupa que nos introduce con una prosa fina y admirable en los vericuetos complejos de las relaciones familiares, siendo muy complicado para el lector no dejarse arrastrar por la fuerza de una narración tan intensa y emocional.

El escritor extremeño es autor de otras obras; destacaremos algunas de ellas: **Juegos de la edad tardía** (1989), Premio Nacional de Narrativa en 1990; **Hoy, Júpiter** (2007), XV Premio arzobispo Juan de San Clemente; y **Absolución** (2012), declarada como la mejor novela española del año por los críticos de El País.

Landero es profesor de filología hispánica, egresado de la Unidad Complutense de Madrid y ha sido profesor de literatura en la Escuela de Arte Dramático de la capital española, así como de la Universidad de Yale.



Pasemos ahora a resaltar algunos aspectos de la novela en cuestión, sin spoilers, aunque resulte complicado.

En **Lluvia fina**, el autor acude a un tópico manejado muchas veces en la historia de la literatura y del cine: el de la reunión familiar. Gabriel (esposo de Aurora y padre de Alicia, una niña con autismo) y hermano de Sonia (ex esposa de Horacio, madre de Eva y Azucena y ahora novia de Roberto) y de Andrea (---), quiere reunir a todos los miembros de la familia para celebrar los ochenta años de la matriarca del clan, cuyo nombre creo que no se menciona, lo que me parece un dato curioso. La familia ha estado distanciada por mucho tiempo debido a las ocupaciones de cada uno, pero sobre todo por esos conflictos y rencillas que muchas veces caracterizan las relaciones humanas.

Pero no hace falta que la celebración se produzca, para que, entre una llamada telefónica y otra entre los personajes anteriormente señalados, el lector empiece a percatarse de que esa familia constituye una especie de trinchera de guerra donde todos son enemigos de sí mismos y de los otros.

Landero embarca al lector en un juego que requiere de la atención y participación del lector. Cada personaje se comunica con Aurora, la confidente de la familia, esa mujer aparentemente paciente y comprensiva que todo lo escucha y todo lo calla. Y cada uno de ellos le va contando su versión de los hechos acontecidos a lo largo de la historia familiar. Pero en medio de esas llamadas entre determinado personaje y Aurora, se intercalan otros diálogos que van corriendo el velo y que permiten ver la magnitud de la quiebra familiar. De eso que llaman una familia disfuncional o desestructurada. De manera tal, se presentan diversas conversaciones simultáneas entre los personajes, ocurridas además en tiempos distintos del relato. Por eso el lector tiene que desempeñar un rol activo. Con razón dice la sabiduría popular que cuando uno se casa o se empareja con alguien se casa también con la familia de ese alguien. Esa máxima, en el caso de Aurora, está llevada al extremo.

Pero no todo es drama en **Lluvia fina**. También hay humor, y ese humor muchas veces viene dado por el tono gráfico con el que se cuentan las diferentes situaciones, hecho que permite verlas en nuestra mente.



Y un dato más. Leyendo cada uno de los capítulos, son dieciséis para ser exactos, resulta casi imposible no evocar a cada momento aquella mítica frase de Gabriel García Márquez escrita en su biografía **Vivir para contarla** (2002): “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.

No hace falta decir más, los detalles del relato pertenecen a cada lector. Lo que sí les puedo asegurar es que esta novela es una de esas obras que uno empieza a leer y no puede dejar de hacerlo hasta el final, es decir, hasta la página 268. Cosa no tan positiva porque deberíamos aprender a dosificar el placer, de la clase que sea... Pero si lo anterior ocurre, es porque la historia es interesante, uno se puede identificar con ella con absoluta facilidad y porque su prosa constituye una delicia. Hay unas frases extraordinarias: “...Antes de nacer, yo ya miré por la ventana del ombligo y vi las llamas del infierno. Yo sabía ya desde el principio a qué tipo de lugar había venido a parar” ..., le comenta Andrea, la hija sándwich, a Aurora. Otro ejemplo: “Durante días y días anduvo divagando por el laberinto de las rutinas cotidianas, a pesar de que ya no tenía ni ganas de coger una escoba y barrer los pedazos rotos de su vida...” La frase tiene como protagonista de nuevo a Andrea.

Y atención con la comprensiva Aurora. Se pasa los doscientos capítulos de la telenovela escuchando y callando pasivamente, cargando en lo más hondo de su ser todos los rencores de su familia “adoptiva”. Pero al final hay una sorpresa con ella y con el tiempo del relato y, en consecuencia, con la propia sucesión de los acontecimientos.

Y por si todo esto fuera poco, uno de los personajes, Horacio (ex esposo de Sonia, padre de Eva y Azucena y el consentido de la suegra autoritaria) es dueño de una juguetería y tiene en su casa una especie de museo del juguete. En una de las líneas señala que uno de sus juguetes favoritos es Mázingar Z. Y ahí sí es verdad que la imaginación se pintó su cara de niña traviesa y voló. Recordé a Koji Kabuto, a Sayaka y a Afrodita con sus senos-cohetes, al torpe de Bob y sus amigos, a los científicos con caras de locos y al malvado más perverso de todos: el mítico Doctor Gel, con su ristra de monstruos ideados con el objetivo de liquidar a Mázingar Z. Ahhh... y al Conde decapitado también, ni más faltaba que me trasladé al mundo feliz de la infancia, pues.



Pido disculpas, apreciado lector, si no cumplí con la promesa realizada en párrafos anteriores y ofrecí demasiados spoilers de la historia.

Ahí está, pues, esta **Lluvia fina**. Salga a la calle sin paraguas, déjese mojar y empapar por ella. Merece la pena, absolutamente. No importa si después le sobreviene una gripe, ya se le pasará con algunas infusiones caseras y unas pastillas de acetaminofén cada ocho horas. Y recuerde que algunas reuniones familiares pueden resultar peligrosas. Entre trago y trago, entre pasapalo y pasapalo, entre tequeño y tequeño, pueden desatarse los rencores escondidos en los más recónditos espacios de la memoria y develarse aquellos secretos ocultos hasta en el seno de las familias más perfectas y modélicas, tipo Belleza americana, la mítica película de Sam Mendes del año 1999. ¿La recuerdan? Espero que sí.

Por cierto, días después de leer la novela, vino a mi mente, por alguna razón nada casual, una película venezolana. Se trata de **Oriana**, de Fina Torres, y protagonizada por dos grandes actores nacionales: Doris Wells y Rafael Briceño, en los roles de padre e hija. Filmada en los ochenta y premiada en Cannes, la reconstrucción de una historia familiar plagada de misterios constituye su leitmotiv. ¿Les suena, ¿verdad?

